

la verdad al afirmar que no eres un ladrón ni un homicida, pero, ¿cumples también los otros ocho mandamientos? ¿Haces lo mismo con los preceptos de la Iglesia, que también hemos de obedecer? ¿Es que basta vivir sólo el quinto y el séptimo mandamiento para ser buen cristiano?

8. No hago mal a nadie

¡Felicidades! Sin embargo continuas empequeñeciendo la moral cristiana. Porque no hacer mal a nadie es apenas el revés del tapete: la caridad no se limita tanto a evitar el mal, cuanto a hacer el bien al prójimo. Y aún así, quedan por resolver las relaciones con Dios y contigo mismo.

9. Los sacerdotes inventaron la confesión

¿Podrías decirme el nombre del sacerdote famoso que lo hizo? Si un hombre la hubiera inventado ¿Quién le habría hecho caso? Y si los sacerdotes la inventaron, ¿por qué también ellos están obligados a confesarse?

10. Me da vergüenza

Esto nos pasa a todos. Si no nos gusta enfrentarnos a nuestra propia miseria y mirar detenidamente la podredumbre que cargamos en nuestra intimidad, menos nos gusta mostrarla a otro.

Por otra parte, no eres el único pecador de la tierra. Si exceptuamos a la Santísima Virgen, limpia desde su concepción, los demás tenemos un nombre común, el de pecadores. Además el sacerdote lleva años escuchando y perdonando los mismos pecados. Ninguno le es nuevo; todos, desgraciadamente, le son familiares.

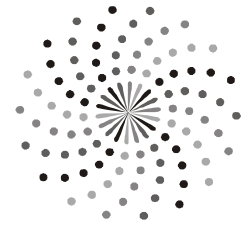
El médico tampoco se asusta cuando un enfermo llega a su consultorio para descubrir su enfermedad, terrible para el paciente, pero conocida para el médico.

FS-010

¿PORQUE

ALGUNOS

NO SE CONFIESAN ?



Si la bondad del Señor nos espera en el sacramento de la Penitencia es inconcebible que los hombres no acudan a solicitar su perdón. Una explicación lógica nunca la encontraremos, aunque podemos apuntar que cuando no se acude a la Confesión es por no entenderla, por superficialidad. He aquí una lista de pretextos, desde los más ingenuos que oye uno todos los días hasta aquellos que se revisten de aires filosóficos y ribetes de dudosa teología.

la verdad al afirmar que no eres un ladrón ni un homicida, pero, ¿cumples también los otros ocho mandamientos? ¿Haces lo mismo con los preceptos de la Iglesia, que también hemos de obedecer? ¿Es que basta vivir sólo el quinto y el séptimo mandamiento para ser buen cristiano?

8. No hago mal a nadie

¡Felicidades! Sin embargo continuas empequeñeciendo la moral cristiana. Porque no hacer mal a nadie es apenas el revés del tapete: la caridad no se limita tanto a evitar el mal, cuanto a hacer el bien al prójimo. Y aún así, quedan por resolver las relaciones con Dios y contigo mismo.

9. Los sacerdotes inventaron la confesión

¿Podrías decirme el nombre del sacerdote famoso que lo hizo? Si un hombre la hubiera inventado ¿Quién le habría hecho caso? Y si los sacerdotes la inventaron, ¿por qué también ellos están obligados a confesarse?

10. Me da vergüenza

Esto nos pasa a todos. Si no nos gusta enfrentarnos a nuestra propia miseria y mirar detenidamente la podredumbre que cargamos en nuestra intimidad, menos nos gusta mostrarla a otro.

Por otra parte, no eres el único pecador de la tierra. Si exceptuamos a la Santísima Virgen, limpia desde su concepción, los demás tenemos un nombre común, el de pecadores. Además el sacerdote lleva años escuchando y perdonando los mismos pecados. Ninguno le es nuevo; todos, desgraciadamente, le son familiares.

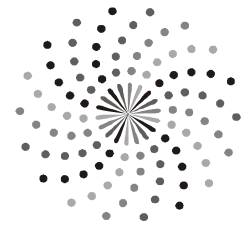
El médico tampoco se asusta cuando un enfermo llega a su consultorio para descubrir su enfermedad, terrible para el paciente, pero conocida para el médico.

FS-010

¿PORQUE

ALGUNOS

NO SE CONFIESAN ?



Si la bondad del Señor nos espera en el sacramento de la Penitencia es inconcebible que los hombres no acudan a solicitar su perdón. Una explicación lógica nunca la encontraremos, aunque podemos apuntar que cuando no se acude a la Confesión es por no entenderla, por superficialidad. He aquí una lista de pretextos, desde los más ingenuos que oye uno todos los días hasta aquellos que se revisten de aires filosóficos y ribetes de dudosa teología.

1. No tengo pecados.

¿Hasta qué punto es sincera la actitud de estos pobres hombres, que buscan en este inocente raciocinio el pretexto para rehuir el sacramento?

Se ha dicho, y con toda razón, que sólo existen tres tipos de humanos que no cometen pecado: los **niños** que aún no llegan al uso pleno de sus facultades espirituales, los **dementes** que han perdido el ejercicio y el señorío sobre su inteligencia y voluntad, y los **santos** que por amor a Dios han logrado vencer las tentaciones. Esto no significa, desde luego, que el santo sea impecable, ni que de hecho no haya podido pecar con anterioridad.

Cuando alguno de nosotros no se confiesa porque “no tiene pecados”, tendríamos que concluir que debe pertenecer a alguno de los tres tipos de hombres arriba mencionados. Y si resulta que no somos niños, ni dementes, ni santos, habrá que empezar a admitir el hecho de que formamos parte del gremio de los pecadores que necesitan de la Confesión.

2. Hace mucho que no me confieso

Razón de más para que lo hagas ya. Precisamente el que no suele bañarse es el que más lo necesita.

3. No tengo tiempo

Falso. Todos sabemos que si tenemos tiempo para otras cosas menos importantes, también debemos tenerlo para confesarnos. Convenzámonos, en el fondo todo es cuestión de tener una adecuada jerarquía de valores: primero ha de ser Dios, después todo lo demás. En este caso, como en mucho otros, querer es poder

4. ¿Contar mis pecados a otro hombre?

En efecto, el sacerdote es un hombre, pero ya lo

dijimos, es un hombre que en ese momento representa a Cristo. Esa es la diferencia, ¡y vaya diferencia! Cuando él me perdona es Cristo quien me perdona.

5. La confesión es inútil, porque vuelvo a caer

A aquellos que afirman que para qué se confiesan si después caen otra vez en las mismas faltas, habría que hacerles ver su necedad.

¿Para qué te bañas, si después te vuelves a llenar de polvo? ¿para qué mandas un vestido a la tintorería, si luego se volverá a ensuciar?

Entiende bien las cosas. Cristo no prometió que el que se confesara se volvería impecable. La Confesión ve al pasado y nos perdona los pecados, y ve al futuro y nos da una gracia especial para no caer en esos mismos pecados. La Confesión no es una medicina que, una vez tomada, nos vuelve invulnerables a la enfermedad y a la muerte del alma, sino una arma eficaz para la defensa del espíritu.

6. Los padres regañan

También nuestros papás y maestros, porque con ello cumplen el grave deber de educarnos. No obstante, todos sabemos que sus regaños brotan del interés y del amor que nos tienen.

El confesor, que es juez, maestro y padre espiritual, quizá alguna vez nos “cargó la mano”, y bien merecido lo teníamos; pero no es lo habitual. Además no debemos olvidar que, si deseamos, podemos acudir a otro sacerdote.

7. No robo ni mato.

Este pretexto es de una ingenuidad increíble. ¿Acaso el pecado no es la transgresión de la ley moral establecida por Dios, cuya síntesis es de Decálogo? Vamos a suponer que dices

1. No tengo pecados.

¿Hasta qué punto es sincera la actitud de estos pobres hombres, que buscan en este inocente raciocinio el pretexto para rehuir el sacramento?

Se ha dicho, y con toda razón, que sólo existen tres tipos de humanos que no cometen pecado: los **niños** que aún no llegan al uso pleno de sus facultades espirituales, los **dementes** que han perdido el ejercicio y el señorío sobre su inteligencia y voluntad, y los **santos** que por amor a Dios han logrado vencer las tentaciones. Esto no significa, desde luego, que el santo sea impecable, ni que de hecho no haya podido pecar con anterioridad.

Cuando alguno de nosotros no se confiesa porque “no tiene pecados”, tendríamos que concluir que debe pertenecer a alguno de los tres tipos de hombres arriba mencionados. Y si resulta que no somos niños, ni dementes, ni santos, habrá que empezar a admitir el hecho de que formamos parte del gremio de los pecadores que necesitan de la Confesión.

2. Hace mucho que no me confieso

Razón de más para que lo hagas ya. Precisamente el que no suele bañarse es el que más lo necesita.

3. No tengo tiempo

Falso. Todos sabemos que si tenemos tiempo para otras cosas menos importantes, también debemos tenerlo para confesarnos. Convenzámonos, en el fondo todo es cuestión de tener una adecuada jerarquía de valores: primero ha de ser Dios, después todo lo demás. En este caso, como en mucho otros, querer es poder

4. ¿Contar mis pecados a otro hombre?

En efecto, el sacerdote es un hombre, pero ya lo

dijimos, es un hombre que en ese momento representa a Cristo. Esa es la diferencia, ¡y vaya diferencia! Cuando él me perdona es Cristo quien me perdona.

5. La confesión es inútil, porque vuelvo a caer

A aquellos que afirman que para qué se confiesan si después caen otra vez en las mismas faltas, habría que hacerles ver su necedad.

¿Para qué te bañas, si después te vuelves a llenar de polvo? ¿para qué mandas un vestido a la tintorería, si luego se volverá a ensuciar?

Entiende bien las cosas. Cristo no prometió que el que se confesara se volvería impecable. La Confesión ve al pasado y nos perdona los pecados, y ve al futuro y nos da una gracia especial para no caer en esos mismos pecados. La Confesión no es una medicina que, una vez tomada, nos vuelve invulnerables a la enfermedad y a la muerte del alma, sino una arma eficaz para la defensa del espíritu.

6. Los padres regañan

También nuestros papás y maestros, porque con ello cumplen el grave deber de educarnos. No obstante, todos sabemos que sus regaños brotan del interés y del amor que nos tienen.

El confesor, que es juez, maestro y padre espiritual, quizá alguna vez nos “cargó la mano”, y bien merecido lo teníamos; pero no es lo habitual. Además no debemos olvidar que, si deseamos, podemos acudir a otro sacerdote.

7. No robo ni mato.

Este pretexto es de una ingenuidad increíble. ¿Acaso el pecado no es la transgresión de la ley moral establecida por Dios, cuya síntesis es de Decálogo? Vamos a suponer que dices